

Pedro Lemebel y los ecos de su "noche curicana"

En Curicó, con la amargura de siempre, Barnabás Leiva -el poeta marginal- arrastra junto a los pies su filosofía fútil y su manifiesto exilado por los ratones y por el tiempo.

Ha tenido que conformarse con seguir leyendo sus versos a los "vampiros vampiros" (su grupo de amigos), mientras se fuma un huido pero posar la rabia y dar olvido a su triste pobreza: la de no ser famoso, a pesar de haber pintamajado su nombre en todas las murallas de la ciudad, abusar licencias y escupir palomas, para que lo reconocan como un "poeta maldito".

Noa visitó Pedro Lemebel y no pudo regalarte su minicrete de poemas; su última esperanza de ser apadrinado por alguien que lo lanzara a la fama...

Pedro era el plato de fondo del evento cultural del semestre inserto en la celebración del mes de la provincia.

Bianco, como una de esas muñecas de porcelana, con coroneta en los pómulos y brick-cake rimbombante algo malhecho después de su cita con los universitarios y el whisky on the rock, atravesó el local de eventos, activo, como animadora de televisión.

Y ahí estaban los literatos críticos que llegaron temprano al lugar del convite, confundidos con las oscuras y despintadas fachadas del centro, que anteño bullician de un comercio inquieto de próspera ciudad provincial, ávidos de empaparse de más cultura, poesía, libros.

Con los ojitos brillantes detrás de los anteojos a lo John Lennon o a lo "Shusana Chechilla", estaban felices por la oportunidad de conocer a un escritor que aparece en la tele.

La ocasión les permitía olvidar "Pura Sangre" o la otra telenovela de la tarde; trocar con resignación el ritmo aze o el aserejil buidi pipi, por el clásico guitareo de algún repeto y melancólico émulos vernáculo de Silvio Rodríguez.

Aquí se dieron cita, la multiplicidad de grupitos de escritores y amigos de la literatura.

Esos pequeños quórumes de modesto nivel y calidad creativa y también aquellos con una tremenda carga de motivación ideológica que redundan en un sectarismo inconducente, y en algunos casos más extremos, en una beligerancia trasnochada.

Vamos desempolvando la befandía y el sweater de cordón chicle.

Vamos sacudiendo la cobeta en favor del beato y el montgomery con botones de hueso. La circunstancia lo exige...

Apostadas ya las agrupaciones en cada esquina del recinto, a manera de cuadrilátero, el encargado cultural inició el evento encomiando a la autoridad y al cronista Lemebel.

Con evidente dificultad juntó las palabras con la impericia y la tartamudez condigna de su curcucho especialmente modificado para encastrar el cargo que ostenta.

Luego, el canturreo y más tarde la habitual poesía virtual -esa con diapositiva y data-show- porque la poesía a secas noí... No, porque aburre; es demasiado densa; tiene poca performance. Uds. saben; tiene poco glamour. Estos vales curicanos necesitan poesía con imagen como reluzco. Tal vez, libros con morritos.

Y Lemebel, desconectado con una pose caritativa, de regenta blanca, alta. Pierne arriba, con sus botas rosadas y el vaso de whisky casi vacío, casi dado vuelta, casi dulce, casi amargo, casi magro.

Después, en el escenario, el artista reivindicaba su diferencia; exigía tolerancia a los compañeros que le dieron vuelta la espalda en otros tiempos.

Con la lengua casi muerta y la voz atorada, no era capaz de leer "El Wilson". Tenía los párpados caídos, como un cegatón. Había perdido sus anteojos en la inmensidad de la mesa novediza.

De fondo el alboroto, el barullo desconcertado entre el castellano antiguo y los francos garabatos... Y el

Lemebel, tratando de balbucear su cuento de amor extraño.

- "¿Vieron?... ¿Pa' qué le dieron tanto copete?" - opinaba la masa adocenada e inquieta y Lemebel, exigiendo: "O me dan otro, o me voy... Si no se quedan callados no venga nunca más a... ¿Dónde estoy?"

Los lucos quemándole la frente blanca de gelatina jubilada y el delineador corrido y las pupilas perdidas en el cielo raso, desconectado, de otro lugar.

Nadie entendía nada.

El silencio tenso y, como siempre, el moderador... desaparecido. Entonces alguien de la sociedad de poetas sobrios se adueñó del micrófono, suplicó una rueda de preguntas al auditorio, para revivir al ídolo que yacía sobre el estrado.

En ese instante emerge Barnabás, de la otra agrupación. Le exige soltar el micrófono, acusándolo de ser informante de la CNI.

Otro del público pidió calma. Otro se subió a la tarima y exigió verdad y, por último, una cuarta afirmó a la concurrencia que no había que de-

dirle más a Lemebel, porque estaba cansado y porque Lemebel era escritor "y los escritores son para escribir y no para hablar", por lo tanto, se terminaba ahí el evento y la polémica entre los concurrentes.

Se desamparó el vino; se liberó por fin toda la estupidez colectiva, entre el abucheo generalizado y el desconcierto... Cayó el telón y se puso el broche de oro de siempre en la cultura nuestra: poca, mala y polémica.

Mientras los garzones limpiaban el frago del suelo y los técnicos desconectaban los parlantes, perdido en la jungla provincialina, Pedro Lemebel estaba tumbado a la orilla del escenario, hecho un ovillo, sin entender del mundo, ni la razón de estos rebaños, musitando o balbuceando una canción ininteligible.

Curicó: pueblo de noche diminuta, paso desconocido entre el cielo y el infierno; a tus pies las hojas del poemario, embarradas con tierra y vino bigoteado...

Rodrigo Rojas

La Travesía (Curicó) 16.10.2002 656147

Pedro Lemebel y los ecos de su "noche curicana" [artículo]

Rodrigo Rojas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rojas, Rodrigo, 1930-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pedro Lemebel y los ecos de su "noche curicana" [artículo] Rodrigo Rojas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile